

Esperar a que sobre dinero para empezar a ahorrar es, para Carlos Rodríguez Braun, la mejor manera de no hacerlo nunca. El economista publica junto a José Ramón Iturriaga «Ahora, ahorra», una defensa teórica y práctica del ahorro en diez argumentos, un libro que pretende rescatar una virtud antigua y trasladarla a una sociedad acostumbrada al consumo inmediato, la deuda y la confianza en que el Estado resolverá el futuro.

«Hay que alzar la mirada», sostiene Braun. Su tesis no parte de que el ahorro sea fácil ni de que todos dispongan del mismo margen. Al contrario, asegura que el libro está pensado también para quienes llegan con dificultad a final de mes. El error consiste en creer que primero hay que tener dinero y después ahorrar: «Si queremos tener dinero, tenemos que empezar a ahorrar lo antes que se pueda. No es la cantidad lo que importa», sino la decisión de ganar autonomía sobre la propia vida.

El título contiene una urgencia: no mañana, sino ahora. Para sus autores, ahorrar no equivale a vivir

# «El ahorrador no es un masoquista, sino que ordena sus prioridades»

►El catedrático Carlos Rodríguez Braun y el gestor de fondos José Ramón Iturriaga publican «Ahora, ahorra» (Lid), una defensa teórica y práctica del ahorro en diez argumentos

peor, sino a desplazar parte del consumo hacia el futuro. Braun invoca el «milagro del interés compuesto» para explicar que la renuncia presente puede convertirse en una capacidad mayor de elección. El ahorrador, insiste, no es un masoquista: ordena el tiempo y las prioridades.

El libro combina dos registros. La primera mitad ofrece una defensa económica, política y moral del ahorro; la segunda baja al terreno de la planificación, la inversión, los fondos, los planes de pensiones o la vivienda. En esa vertiente práctica se reconoce especialmente la mirada de Iturriaga: antes de elegir un producto hay

que definir para qué se ahorra, qué horizonte tiene cada persona y qué riesgos puede soportar. No existe un traje financiero válido para todos.

Braun lo resume con una frase de su coautor: «Conviene ahorrar acompañado». Iturriaga pone el foco en profesionalizar las decisiones, realizar una radiografía del patrimonio y mantener una hoja de ruta. El asesor no se limita a escoger activos: ayuda a evitar que el miedo lleve a vender durante una caída o que la euforia empuje a asumir riesgos incompatibles con el proyecto vital.

La crítica política de Braun es más afilada. Considera que la fis-

calidad, la deuda y las políticas monetarias expansivas penalizan al ahorrador. La deuda de hoy, advierte, son impuestos de mañana; y los tipos de interés artificialmente bajos reducen la remuneración del ahorro y favorecen las burbujas. De ahí su conclusión más rotunda: «Hay que ahorrar a pesar del Gobierno», incluso cuando el marco institucional resulta hostil. También cuestiona lo que denomina «keynesianismo cañí»: la creencia de que, si el ciudadano no consume, la economía se paraliza. El ahorro, replican los autores, no desaparece, sino que puede transformarse en inversión, capital productivo y crecimiento

futuro. La oposición entre ahorrar y sostener la actividad económica sería, por tanto, una falsa disyuntiva. El envejecimiento demográfico convierte la discusión en algo más que teoría. Braun no afirma que la Seguridad Social vaya a quebrar, porque el Estado siempre puede elevar los impuestos o modificar las prestaciones. Si cree que el desequilibrio obligará a combinar más cargas con pensiones menos favorables. Por eso aconseja construir un complemento privado cuanto antes.

Su diagnóstico es provocador: el sistema público no sería un sistema de ahorro, sino de reparto. Los trabajadores actuales financian a los pensionistas actuales y las condiciones dependen de decisiones políticas. Frente a ello, Braun defiende mecanismos en los que cada ciudadano acumule durante décadas un capital propio. También lamenta que los sucesivos gobiernos hayan reducido el atractivo fiscal de los planes privados.

La aportación práctica de Iturriaga introduce matices frente a cualquier receta automática. Un plan de pensiones puede ser adecuado para una persona y no para otra. La edad, la familia, los ingresos, los objetivos y el horizonte temporal cambian la respuesta. Ahorrar es el punto de partida; invertir exige diversificación, paciencia y acompañamiento.

De ahí otra batalla del libro: la Bolsa no es un casino. En el casino, señala Braun, las probabilidades están fijadas; en el mercado se adquieren participaciones en empresas que crean riqueza. El problema aparece cuando se confunde inversión con compraventa compulsiva. Los errores habituales son empezar tarde, abandonar asustado durante las caídas y concentrar demasiado patrimonio en vivienda, una inclinación muy española.

“

No es la cantidad lo que importa, sino la decisión de ganar autonomía sobre la propia vida»

«Hay que ahorrar a pesar del gobierno, incluso cuando el marco institucional resulta hostil»

